



CAPÍTULO VI

SUMARIO

418. Canon.—**419.** Conmemoración de los vivos.—**420.** Dipticos.—**421.** *Hanc igitur.*—**422.** *Quam oblationem.*—**423.** *Qui pridie.*—**424.** Consagración.—**425.** Elevación y adoración de la Hostia y del Cáliz.—**426.** Pulsación privada y pública de la campana al tiempo de alzar.—**427.** Santas costumbres de los fieles que se hallaban fuera de la iglesia al tiempo del alzar.—**428.** *Oh salutaris Hostia.*—**429.** *Benedictus.*—**430.** *Unde et memores.*—**431.** Conmemoración de los difuntos.—**432.** *Nobis quoque peccatoribus.*—**433.** Bendición de los frutos terrestres.—**434.** *Per quem hæc omnia.*—**435.** Abanico eucarístico.—**436.** Oración dominical.—**437.** *Libera nos.*—**438.** Fracción de la Hostia.—**439.** Salutación al pueblo con la Hostia.—**440.** Bendición episcopal.—**441.** *Latatus sum.*—**442.** Anuncio de las fiestas y ayunos de la Iglesia.—**443.** *Agnus Dei.*—**444.** *Domine Jesuchriste.*—**445.** Mutuo ósculo de paz.—**446.** ¿Cuándo cesó?—**447.** *Domine Jesuchriste y Perceptio Corporis tui.*—**448.** *Domine, non sum dignus.*—**449.** Comunión del celebrante.—**450.** ¿De qué manera comulgaba el Sumo Pontífice?

418. Hemos llegado á la parte más sagrada del Sacrificio. El cielo está suspenso al tiempo que el Ministro de Jesucristo, extendiendo, elevando y uniendo las manos, alzando al empíreo los ojos, bajándolos al instante y profundamente inclinado ante el altar con las manos puestas sobre él, comienza el santo canon en el que se van á obrar los más

tremendos Misterios. La tierra, al contemplar al sacerdote en actitud semejante, se halla enteramente silenciosa juntamente con los fieles, que la representan. La tercera luz que se enciende en las Misas privadas, la débil y pausada armonía del rey de los instrumentos en las solemnes, el acto de postrarse humildemente los ministros del Señor y la Iglesia oyente: todo mueve á creer que en semejante acto se va á realizar algo de extraordinario. Sin duda, Jesucristo, Dios inmortal de los siglos, sin dejar su excelso trono, va á bajar y á estar realmente entre nosotros; su solio lo formarán las manos del sacerdote; su alfombra el altar; su palacio el templo; sus cortesanos los católicos asistentes; sus adoradores todos los cristianos.

Visto ya en la Edad Antigua el origen del canon, réstanos ahora exponerlo en la que estudiamos, añadiendo además lo que crea conveniente. Con la siguiente oración da principio el mencionado canon: «Á tí, Padre clementísimo, por Nuestro Señor Jesucristo tu Hijo, humildemente os rogamos y pedimos—besaba el altar—que aceptéis y bendigáis—Unía las manos y hacía tres veces la señal de la cruz sobre los dones—estos ✠ dones, estos ✠ presentes, estos ✠ santos sacrificios purísimos;—extendía las manos como antes—que os ofrecemos en primer lugar por tu santa Iglesia Católica, á la cual, dignaos, pacificarla, defenderla, unirla y gobernarla en todo el universal orbe, juntamente con tu siervo, nuestro Pontífice N., nuestro diocesano N., nuestro rey N. y todos los fieles ortodoxos que profesan la fe Católica y Apostólica.»

419. CONMEMORACIÓN DE LOS VIVOS

«Acordaos, Señor, de vuestros siervos y siervas N y N;—unía las manos, oraba un poco por los que deseaba orar, y proseguía extendiendo las manos—y de todos los circunstancias, cuya fe y devoción os son conocidas; por quienes os ofrecemos, ó ellos os ofrecen, este Sacrificio de alabanza en favor de ellos y de todos los suyos, para redención de sus almas, para que esperen su salvación y conserva-

ción, y que os cumplan sus promesas, Dios Eterno, vivo y verdadero.»

Síguese ahora lo que en el Misal Romano se llama *Infra actionem*, que es, como si dijéramos, lo que se recita ó practica cuando se consagra el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, acto que es llamado «acción» por antonomasia. En muchos misales de la Edad Media se usan indiferentemente *Infra actionem* ó *intra actionem*, pues equivale á lo mismo. Estas expresiones son seguidas de la oración denominada *Communicantes*, por empezar con esta palabra la misma oración, la cual es distinta en las principales festividades del año. Por eso existen varios *communicantes*: el de Jueves Santo, Natividad del Señor, Epifanía, Pascua, Ascensión y Pentecostés. Pero, veamos el contexto de la oración: «Estando en comunión, y venerando primeramente la memoria de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor; y de tus felices apóstoles y mártires Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Juan, Tomás, Jaime, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo: Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián y de todos tus santos; por cuyos méritos y ruegos, os suplicamos que nos concedáis el que experimentemos en todo el auxilio de tu protección. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén.»

420. Finalizada esta bella deprecación, tenía lugar la lectura de los nombres puestos en los dípticos, cuya descripción dejamos hecha en el capítulo VIII del Tomo III, por lo cual no es necesario insistir más sobre este punto. Sólo recordaré que su uso estuvo vigente en la Iglesia latina hasta el siglo XII.

421. Mientras el sacerdote recitaba la oración *Hanc igitur*, que sigue, extendía las manos sobre el cáliz y la hostia; mas no en todos los lugares se observaba de este mismo modo, pues en varias Iglesias de Alemania y Francia estaba profundamente inclinado, como aun lo observan los carmelitas y dominicos, quienes emplean todavía los mismos ritos que adoptaron al principio sus Ór-

denes. Los sacerdotes, empero, que siguen el rito Romano, colocan sus venerandas manos del modo arriba dicho, diciendo al propio tiempo: «Esta ofrenda, pues, de nuestro reconocimiento y de todos vuestros siervos, os ruego, Señor, la admitáis compasivo; y que ordenéis nuestros días en vuestra paz, nos libréis de la condenación eterna y nos agreguéis al rebaño de tus escogidos.—Unía las manos.—Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.»

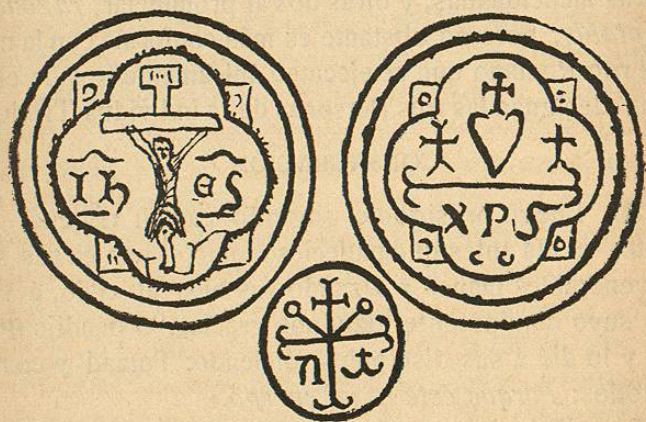
422. «La susodicha ofrenda, os ruego, Señor, que te dignes en un todo,—hace sobre la ofrenda tres veces la señal de la cruz—bende ✠ ciria, apro ✠ piarla, ratifi ✠ carla y tenerla por aceptable, con el objeto de que resulte para nosotros el Cuer ✠ po y San ✠ gre de vuestro amantísimo Hijo Jesucristo, Nuestro Señor.» Nota Amalarío, que no obstante lo dicho, se podían hacer cinco cruces: tres á las palabras mencionadas, y otras dos al pronunciar, *razonable y aceptable*; pero no obstante es más conforme con la mente del rito Romano que se ejecuten únicamente tres de ellas, porque designan las tres Personas de la individua Trinidad.

CONSAGRACIÓN

423. Luego prosigue el sagrado canon: «El cual—Jesucristo—el día antes que padeciese tomó el pan en sus santas y venerables manos y alzando sus ojos al cielo, á Vos, Padre suyo omnipotente, dándoos gracias, lo bendijo ✠, lo partió y lo dió á sus discípulos, diciendo: Tomad y comed de él todos: *Porque éste es mi cuerpo.*»

424. «Del mismo modo, después que cenaron, tomando también el precioso cáliz en sus santas y venerables manos, dándoos igualmente gracias le bendijo ✠, y lo dió á sus discípulos, diciendo: Tomad y bebed de él todos: *Porque éste es el cáliz de mi Sangre, la del nuevo y eterno testamento; misterio de la fe; la cual por vosotros y por muchos será derramada para remisión de los pecados.* Cuan-
tas veces hicieréis esto, hacedlo en memoria de mí.» Se ha de notar que el sacerdote ejecutaba sobre la Hostia y el cáliz el signo de la santa cruz.

425. Una vez pronunciadas las palabras de la consagración, á las que daba efecto estando el sacerdote profundamente inclinado y con la vista fija sobre cada una de las Especies que consagraba, se daba principio á la adoración de la Hostia y del Cáliz, que era practicada de la propia manera que en nuestros días. En el capítulo VIII del tomo III vimos de cuando data la adoración de ambas sagradas Especies después de la consagración, y en el mismo lugar tuvimos ocasión de reseñar algunas costumbres que, practicándose en los primeros siglos de la Iglesia, eran comunes á los tiempos que estamos recorriendo. Se ha de notar, asimismo, que en la Edad Media las palabras «Cuantas veces esto hiciereis etc.» en algunas partes eran pronunciadas como ahora; en otras, al tiempo de la elevación del santo cáliz. (Fotograbado 56.)



Fotograbado 56.

Impronta de unos hostiarios, correspondientes al siglo XIV (según el arqueólogo catalán D. José Gudiol y Cunil) que pertenecen hoy al Museo episcopal de la diócesis de Vich.—Facsimile por el autor.

426. Debemos detenernos en averiguar el origen de la pulsación de la campana al tiempo del alzar. Conviene empero, distinguir dos clases de pulsaciones, que se verifi-

caban en este acto: eran la privada y la pública; la 1.^a tenía lugar solamente en el presbiterio, de suerte que su sonido no salía del recinto de la Iglesia, y la 2.^a se verificaba con la campana de la torre para que el pueblo estuviese advertido de la elevación del Sacramento. El origen de la primera parece remontarse al siglo XI. Ivo, obispo de Chartres, que floreció en este tiempo, es uno de los primeros que dan noticia de semejante práctica, en una carta dirigida á Matilde, reina de Inglaterra, en la cual le da las gracias por varias campanas que había regalado á la Iglesia de la B. Virgen con objeto de que á su pulsación se moviesen los fieles á contrición y devoción, especialmente en el solemne acto de la elevación del Sacramento.

Alemania tuvo conocimiento de esta costumbre en 1203, debido al celo del cardenal Guido que la introdujo. En los demás reinos empezó á practicarse más tarde.

427. La pulsación pública suelen atribuírla al pontífice Gregorio XI; los fieles tomaron tan á pecho el perfecto cumplimiento de este mandato, que en muchísimos lugares, como se ve todavía en nuestros tiempos, al sonido de la campana mayor de la torre, que anunciaba la elevación del Santísimo Sacramento, los fieles se arrodillaban en los mismos sitios que se encontraban; adoraban interiormente al Señor y se encomendaban á su Divina bondad; en otros lugares menos devotos, se descubrían, cesaban de hablar con los compañeros y se daban golpes de pecho; hasta los ginetes interrumpían su marcha, apeándose. Las iglesias particulares y las órdenes religiosas no eran menos devotas en este punto. De los religiosos cartujos se refiere, que al tiempo de la elevación abrían las puertas del coro, que en los demás tiempos estaban cerradas, y encendían varias luces en testimonio del solemne acto que presenciaban.

428. Otra preciosa costumbre se observa por estos tiempos en Francia. Su rey Luís XII mandó que, al tiempo de alzar, fuese cantado por el coro el verso *O salutaris Hostia*, al que en la capilla real solía añadirse: «En ti Francia confía, dale paz y guarda el lirio.» Semejante práctica fué

seguida por algunas Iglesias, pero lo más usual fué adorar en silencio al Santo Sacramento.

429. La devota costumbre de cantar el *Benedictus* después de la elevación, debe ser probablemente bastante reciente, pues no hacen mención de ella los antiguos liturgistas.

430. Hasta el siglo XII, la oración *Unde et memores*, que luego traduciremos, no se recitaba con los brazos extendidos; pero ya al final de este siglo, muchos sacerdotes de Francia, estimulados por su piedad y devoción hacia Jesucristo crucificado, cuya pasión estaban realmente representando en el Sacrificio, introdujeron insensiblemente la costumbre de extender los brazos en forma de cruz; pero con el tiempo fué disminuyéndose la extensión de las manos, quedando solamente recuerdos en algunas Órdenes religiosas. Con esta disposición de los brazos, recitaba el sacerdote la oración mencionada: «Por lo tanto, Señor, acordándonos nosotros, tus siervos y tu pueblo santo, no sólo de la bienaventurada pasión de vuestro Hijo, nuestro Señor, sino también su resurrección de los infiernos, y su gloriosa ascensión á los cielos, ofrecemos á vuestra excelsa Majestad de vuestros dones y ofrendas—hace tres cruces sobre la Hostia y cáliz—la Hostia ✠ pura, Hostia ✠ santa, Hostia ✠ inmaculada—formaba una cruz sobre cada Especie—el pan ✠ santo de vida eterna, y el cáliz ✠ de salud perpetua.» Y extendiendo la manos, añadía: «Hacia los cuales dignaos, Señor, volver vuestro rostro aplacado y sereno, y aceptarlos como aceptasteis los presentes del justo joven Abel, y el sacrificio de nuestro patriarca Abraham, y el que te ofreció tu gran sacerdote Melquisedec, que fué un sacrificio santo y una hostia inmaculada.»

La siguiente oración en los tiempos que recorremos, era recitada en muchas iglesias seculares de Alemania y Francia y en las de algunas órdenes religiosas estando algo inclinado y teniendo los brazos cruzados sobre el pecho. El mismo Orden Romano del siglo XIV, manda se practique de este modo: «Humildes os rogamus, Dios omnipoten-

te, — así empieza — que estos dones, por manos de vuestro santo Angel sean conducidos á vuestro altísimo trono, ante la presencia de vuestra Majestad Divina, á fin de que—besaba el altar—todos los que, participando de este altar, recibiéremos el sacrosanto—unía las manos y hacía una cruz sobre la Hostia y otra sobre el cáliz—Cuer ✠ po y San ✠ gre de vuestro Hijo—se signaba á sí mismo—seamos colmados de toda gracia y celestial bendición. Por el mismo Señor Jesucristo. Amén.»

CONMEMORACIÓN DE LOS DIFUNTOS

431. «Acordaos también, Señor, de vuestros siervos y siervas N. y N. que nos han precedido con el sello de la fe y duermen el sueño de la paz.» El sacerdote, uniendo las manos, oraba un corto espacio de tiempo por los difuntos de su intención y luego proseguía, teniendo las manos extendidas: «Á ellos, Señor, y á todos los que descansan en Cristo, os rogamus les concedáis el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz—unía las manos é inclinaba la cabeza.—Por el mismo Señor Jesucristo. Así sea.»

432. Á continuación, dándose un golpe de pecho y elevando un poco la voz, añadía: «También á nosotros, pecadores y siervos vuestros, que esperamos en la muchedumbre de vuestras misericordias, dignaos concedernos alguna parte ó sociedad con tus santos apóstoles y mártires: con Juan, Esteban, Matías, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Felicidad, Perpetua, Águeda, Lucía, Inés, Cecilia y Anastasia, y con todos tus santos, en cuya compañía, no atendiendo á nuestros méritos sino á vuestra indulgencia, os pedimos nos admitáis — unía las manos — por Cristo, Señor Nuestro—Por quien creáis siempre, oh Señor,—hace tres cruces sobre la Hostia y el cáliz—santi ✠ ficáis, vivi ✠ ficáis, ben ✠ decís y nos otorgáis todos estos bienes.»

433. Había costumbre en estos tiempos de llevar á los templos parte de los nuevos frutos de la tierra, los cuales colocaban en un lugar determinado delante del al-